

MARIANNIC

Novela por Andrés Theuriet.

Traducción del francés por la señorita Esther Lucila Vázquez.

SEGUNDA PARTE

I

EL 30 de Abril de 1874, día del barnizado, un grupo de artistas y de aficionados se encontraba ante un cuadro que se hallaba en una de las salas próximas al Salón cuadrado. En él se veía un viejo mendigo cornouailles, cuyos largos cabellos grises caían sobre su blusa azul. Muy cansado, apoyado en su bastón, estaba sentado al pie de una cruz derruida, al extremo de una alameda llena de árboles plateados, que entrelazaban sus follajes. Había en el lienzo rara habilidad, sutil penetración del alma bretona y algo de sentimentalismo. El dibujo era espiritual; el color de una tonalidad clara y fina; el conjunto seducía por su sinceridad. Los espectadores no cesaban de elogiar la obra.

—Exquisito sentimiento!

—Está hecho admirablemente!

—El buen hombre parece vivo y envuelto en la bruma.

—Cómo se conoce el otoño!

—Se juraría que las hojas dan vueltas en el aire.

—Hijos míos, —añadía un crítico, — esto disgusta á los pintores del Instituto que hacen paisajes caseros!

—De quién es?

—De un joven!

Se buscaba en la guía y alguien leía en voz alta:

—Cornier (Ives), natural de Quimper (Finisterre), discípulo del señor Cabané. —*La Calzada de la Santa Cruz, Ploa-ré, mañana de otoño.*

Los indiferentes se iban acercando tal y como. A veces un pintor detenía á un marada para decirle:

—Ven á ver esto!... Asombroso, verdad? Es de un discípulo de Cabané... No le debe nada á su maestro!

Al placer de aclamar un talento nuevo, la mayor parte de la gente del oficio unía la satisfacción de servirse del nombre del principiante para demoler la reputación de los pintores célebres. Toda la tarde hubo grupos entusiastas, delante del pordiosero de *La Calzada de la Santa Cruz*, que se renovaban sin interrupción. Ives Cornier erraba tímidamente en rededor de su cuadro, sin creer lo que veía y escuchaba. Oía con delicia las alabanzas que se prodigaban á su pintura y gustaba con deleite las primicias de la gloria que, según Vanvenargues, "son más suaves que las tintes de la aurora."

Desde su vuelta de Kerdonarrec habían transcurrido seis años de decepciones y de soledad. Después de haber sido rechazado por el señor de Tromelin, había regresado á París y había buscado en el trabajo consuelo á su desventura. Al poco tiempo recibió dos cartas de Mariannic y se propuso contestar; pero la lucha para ganar el pan cotidiano le hizo diferir de día en día su respuesta, y al cabo del mes determinó guardar silencio. Encontró para excusar á sus propios ojos su brutal ruptura este pretexto especioso: el compromiso contraído con el señor de Tromelin de terminar sus relaciones con Mariana. Como su amor propio había recibido en Ploa-ré herida más honda que su corazón, el olvido llegó insensiblemente. Su ambición aumentaba mientras su amor